

ETTORE SPALLETTI

IVAM CENTRE DEL CARME

10 abril / 28 junio 1992

IVAM CENTRE DEL CARME

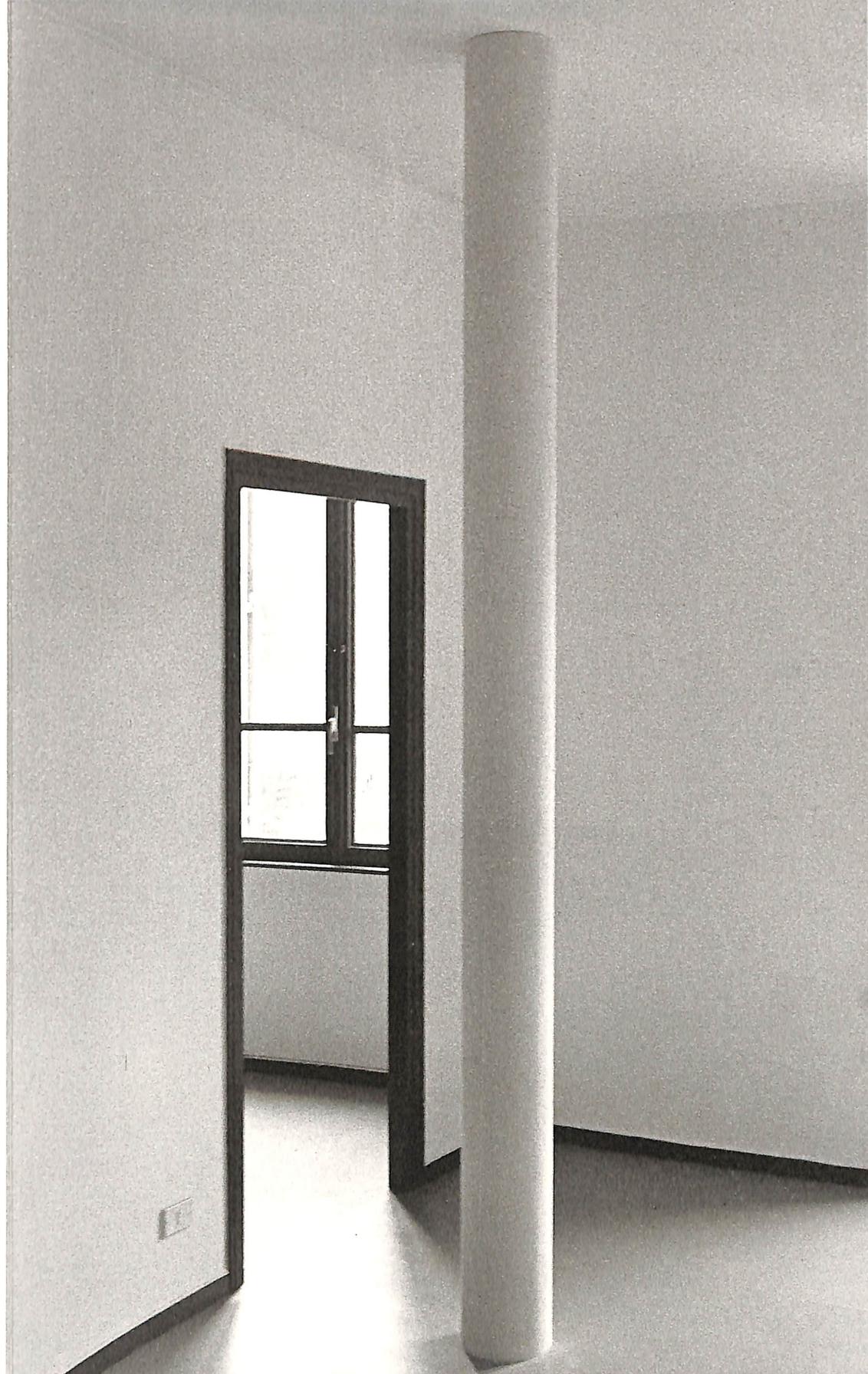
Museo, 2 · 46003-VALENCIA

Tels. (96) 391 26 93 / 391 63 04 · Fax (96) 392 10 94

De martes a domingo, de 12 a 14'30 y 16'30 a 20 horas

Entrada gratuita · Lunes cerrado

 GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE CULTURA, EDUCACIÓ I CIÈNCIA



La exposición presenta, en la Capilla de la Vida y en la Sala Embajador Vich del Centre del Carme, la propuesta plástica de Spalletti (Capelle sul Tavo, Pescara, 1940) con una selección de obras de los últimos 15 años.

La experimentación del artista italiano se basa en el color, al que da un valor simbólico. A esto ha llegado con el estudio de la estratificación del pigmento, su espesor y empaste, su materialidad y su composición para dar expresión a su devenir, que no es formal, sino existencial. En cada una de sus exposiciones, Spalletti presenta una obra total, una recreación a partir de un vocabulario básico, constante e intemporal fundado en un registro formal susceptible de evocar objetos cotidianos (columnas, vasos, discos, ánforas, recipientes, pinturas...) que son, ante todo, soportes clásicos de una geometría elemental.

Con motivo de la muestra se ha editado un libro, en la Col.lecció del Carme, concebido por el artista, con un texto de Germano Celant.

“El color se sueña como el propio lugar del cual surgen las formas, se nos imagina una latencia convertida en presencia, como si lo invisible e impalpable de la pintura, con la acumulación de la claridad y la luminosidad, se sublimaran sensualmente y con el espesamiento de la materia dieran vida y origen a formas elementales. Tal riqueza, imaginada por todos los pintores que aspiran a hacer tridimensional el color, se hace realidad concreta en Spalletti. Éste consigue condensar en el espacio la luz del cielo como si densificara lo impalpable. La claridad solidificada de sus vasos y de sus recipientes hace evidente la potencialidad de la pintura, cuando no busca la coartada de la mitología o de la leyenda, pero se confía a la voluntad pura de su materia primaria. La imagen del color saboreado en su esencia inmediata sin justificaciones morales e ideológicas, nos devuelve entonces la noción de orden sensual del color, que no se preocupa de reducir su exhuberancia sensorial, sino que se deja llevar hacia una verdadera y propia languidez.

Una languidez idéntica invade los cuadros que, en la memoria de una tenuidad y de una materialidad cuyo arco histórico pasa de los «paisajes» de Mark Rothko a Alberto Burri, desde 1983 se presentan como superficies cambiantes, no ascéticas, verdaderas carnes redondas, lisas y casi elásticas, que cuajan en la tierra densa y molida del color para dar cuerpo a colinas y paisajes, hechos de amalgamas antiguas de miles de años. Sin embargo, sobre la tela las formas ya no son endurecidas, sino acuáticas. Los contornos y las masas que evocan las extensiones de colinas y montañas de Umbria, territorio en el que vive Spalletti, parecen frágiles olas surgidas de un mar de color. De éste mantienen la transparencia, como si hubieran permanecido hundidas en el fondo durante siglos, y ahora emergidas, conservaran de la estancia cromática la pátina y el rasgo de suavidad.

Tanto los objetos como las pinturas son «pinturas en profundidad», establecen un ritmo visivo, sosegado y estimulante a la vez. Al igual que el polvo molido del azul une armoniosamente la columna a la tierra con efecto de gran dulzura hace menos dramático el diálogo entre las líneas verticales y las líneas horizontales, así los contornos del *Cielo Celeste* o de la *Collina sopra Cappelle* (1983), son paisajes para la contemplación, pintados para formar colinas de sensibilidad finísima, para ofrecer belleza y reposo a la mirada. Su ligereza se hace a veces eterna, cuando la *Pietra di rosso cinabro* o el *Disco nero* (1981) vuelan en el vacío de la sala. Su dimensión antigravitacional presupone aún la unida autonomía del color, cuya identidad se hace forma separada de cualquier constricción.

En estos trabajos la artificiosidad de la creación artística se disuelve, no añade nada a la riqueza y expresividad de los colores naturales. Es más, los propone de nuevo en su esencia de magma entre cielo y tierra. El que contempla siente que un significado profundo se oculta tras esta misteriosa y elegante simplicidad. Son fragmentos de un cosmos privilegiado, lugares sagrados donde no cabe ni verano ni invierno, ni estaciones artísticas, hechas de *neo-trends*. La hipótesis es la de proporcionar, como en el Tofuku-ji o en el Ryon-ji del siglo XV en Kyoto, intensidad al vacío y organizar la inmaterialidad en espacios llenos.

Nacidos de la conjunción esencial de colores y formas, de volúmenes y paisajes antiguos, los trabajos de Spalletti parecen así surgir de un mundo líquido, paralizado en la eternidad. Son cascadas de azul y rojo, de rosa y gris malva que crean lagos de serenidad de los que surgen piedras y utensilios cargados de misterio y de veneración. Pero no se trata ya de la limpieza industrial y fría de la tradición minimalista, sino de una fuerza basada en la gran economía visiva y en el continuo control del detalle, y que tiende hacia una gravedad y un silencio unidos a la historia y a la intensidad de los colores antiguos.

Las esculturas se convierten entonces en signos rituales. Reclaman silencio, más allá de los gritos y alaridos de las figuraciones larvales, veloces e inexpressivas, de los gestos convulsos y casuales, para evocar la sensación del enigma no resuelto de un color, cuya riqueza y misterio no han sido aún resueltos, ya que «el color», como escribe Marguerite Yourcenar, «es la expresión de una virtud oculta».

